







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*La Gran Gilly Hopkins*

Título original: *The Great Gilly Hopkins*

© Del texto: 1978, Katherine Paterson

© De la traducción: 1982, Alonso Carnicer McDermott

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-93-3

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición en Colombia: noviembre de 1994

Segunda edición en Loqueleo Colombia: diciembre de 2016

Primera reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# La gran Gilly Hopkins

Katherine Paterson

loquele<sup>o</sup>



*Para Mary, de su madre  
auténtica y adoptada, con cariño.*



## Bienvenida a Thompson Park

—Gilly —dijo la señorita Ellis, sacudiendo sus largos cabellos rubios hacia la pasajera del asiento de atrás—, necesito saber que estás dispuesta a hacer un pequeño esfuerzo. 9

Galadriel Hopkins desplazó el chicle hacia la parte anterior de la boca y empezó a soplar suavemente. Sopló hasta que apenas podía percibir ya, a través del globo color de rosa, el contorno de la cabeza de la asistente social.

—Este será tu tercer hogar en menos de tres años. —La señorita Ellis sacudió su melena rubia de izquierda a derecha y a continuación empezó a girar el volante hacia la izquierda, en una cuidadosa maniobra.

—No seré yo quien diga que ha sido todo culpa tuya. El que los Dixon se trasladaran a Florida, por ejemplo. Simplemente, mala suerte. Y el que la señora Richmond tuviera que ingresar en el hospital —a Gilly le pareció advertir una pausa larga y pensativa antes de que la asistente social prosiguiera— a causa de sus nervios.

*¡Paf!*

La señorita Ellis dio un respingo y lanzó una mirada al retrovisor, pero siguió hablando con su voz serena y profesional mientras Gilly recuperaba los trocitos de chicle que tenía pegados en sus cabellos desaliñados, en las mejillas y en el mentón:

10 —Deberíamos habernos informado mejor acerca de su estado de salud antes de concederle la tutoría. Fui yo quien debía haberme informado mejor.

“¡Diablos! —pensó Gilly—. Aquella mujer se lo estaba tomando en serio de verdad. ¡Qué horror!”

—No intento echártelo en cara. Es sólo que necesito, que todos necesitamos, tu cooperación para que esto vaya adelante —otra pausa—. No puedo imaginar que a ti te guste todo este trajín de acá para allá —los ojos azules en el retrovisor comprobaban la reacción de Gilly—. Pero esta madre adoptiva es muy diferente de la señora Nevins.

Tranquilamente, Gilly desprendió con dos dedos una bolita de goma de mascar que tenía en la punta de la nariz. Era inútil pretender arrancar el chicle pegado al pelo. Se recostó en el asiento e intentó mascar el trozo que había logrado rescatar. Se le pegaba a los dientes en una delgada capa. Del bolsillo de los jeans sacó otra bola de chicle, quitándole la pelusa con la uña del pulgar antes de meterse en la boca con mucha ceremonia.

—Hazme un favor, Gilly. Procura empezar con buen pie, ¿de acuerdo?

Gilly se imaginó a sí misma haciendo piruetas por la sala de estar de su casa adoptiva sobre un solo pie, como una patinadora sobre hielo. Con el otro pie estaba dándole en plena boca a la próxima madre adoptiva. Paladeó su nueva ración de chicle con fruición.

—Y hazme otro favor, ¿quieres? ¿Puedes deshacerte de ese chicle antes de que llegemos allí?

Complaciente, Gilly sacó el chicle de la boca mientras los ojos de la señorita Ellis permanecían fijos en el retrovisor. Luego, cuando la asistente social desvió de nuevo su atención hacia el tráfico, Gilly extendió el chicle cuidadosamente en la parte inferior de la manivela de la puerta izquierda, una sorpresa pegajosa para la próxima persona que fuera a abrirla.

Dos semáforos más allá la señorita Ellis pasó hacia el asiento posterior una toallita de papel.

—Toma —le dijo a Gilly—, mira a ver si puedes hacer algo con esa porquería que tienes en la cara antes de que llegemos.

Gilly se pasó apresuradamente el pañuelito mojado por la boca y seguidamente lo dejó caer en el suelo.

—Gilly... —suspiró la señorita Ellis, manipulando el elegante cambio de marchas de su carro—, Gilly...

—Mi nombre —dijo Gilly entre dientes— es Galadriel.  
La señorita Ellis pareció no haber oído.

—Gilly, le darás una pequeña oportunidad a Maime Trotter, ¿verdad que sí? Es realmente una persona encantadora.

12 “Pues entonces sí que estamos fritos”, pensó Gilly. Al menos nadie había acusado al señor o a la señora Nevins, sus padres adoptivos más recientes, de ser “encantadores”. La señora Richmond, la que estaba mal de los nervios, también había sido declarada “encantadora”. La familia Newman, que no podía tener en su casa a una niña de cinco años que se hacía pis en la cama, también era “encantadora”. “Bien, ya tengo once años, amigos, y por si no se han enterado aún, ya no me hago pis en la cama. Pero no soy encantadora. Soy un genio. Me conocen a lo largo y ancho del país. Nadie quiere líos con la gran Galadriel Hopkins. Soy demasiado espabilada y difícil de controlar. La horripilante Gilly, me llaman”. Se apoyó cómodamente en el respaldo. “Aquí vengo, Maime, muñeca, estés preparada para ello o no.”

Habían llegado a una zona de altos árboles y casas viejas. La asistente social aminoró la marcha y paró el carro junto a una cerca de color blanco bastante sucia. La casa que circundaba era vieja y de color pardo, con un porche que daba a la casa un cierto aspecto panzudo.

De pie en el porche, y antes de llamar al timbre, la señorita Ellis sacó un peine.

—¿Por qué no pruebas a pasarte esto por el pelo?

Gilly sacudió la cabeza:

—No puedo.

—Vamos, Gilly...

—No, no puedo peinármelo. Voy por el récord mundial de no peinarse el pelo.

—Gilly, por el amor de Dios...

—¡Eh, hola! Ya me parecía a mí que se paraba un carro. —La puerta se había abierto, y una mujer grande como un hipopótamo ocupaba toda la entrada—. Bienvenida a Thompson Park, Gilly, cariño.

—Galadriel —murmuró Gilly, aunque no tenía esperanzas de que aquel barril de grasa fuera capaz de pronunciar su verdadero nombre—. “¡Caray, tampoco hacía falta que la pusieran con semejante fenómeno de feria!”.

La mitad de una cara diminuta, rematada por una cabellera de color marrón fangoso, y enmascarada tras unas gruesas gafas de marco metálico, asomaba detrás de la cadera gigantesca de la señora Trotter.

La mujer miró hacia abajo:

—Ay, perdona, vida mía. —Rodeó la cabeza con el brazo como para atraerla hacia adelante, pero la cabeza se resistía—. Quieres conocer a tu nueva hermanita, ¿no? Gilly, este es William Ernest Teague.

La cabeza desapareció en un abrir y cerrar de ojos detrás de la masa de la señora Trotter. Esto no pareció preocuparla:

—Pasa, pasa. No te quedes ahí en el porche como si fueras a venderme algo. Ahora estás entre los tuyos.

—Retrocedió por el pasillo. Gilly podía sentir en la espalda los dedos de la señorita Ellis, que la empujaban suavemente hacia la puerta y dentro de la casa.

El interior estaba oscuro y atiborrado de trastos. Aquello pedía a gritos que se pasara un plumero.

—William Ernest, cielo, ¿quieres mostrarle a Gilly dónde está su habitación?

14 William Ernest, negando con la cabeza, se agarró a la bata estampada de la señora Trotter.

—Bueno, ya nos ocuparemos de eso más tarde. —Les condujo por el pasillo hasta la sala de estar—. Y ahora siéntate, que estás en tu casa. —Dedicó a Gilly una sonrisa tan ancha como su cara, como en los anuncios sobre métodos para adelgazar donde aparecían dibujados un “antes” y un “después”; un cuerpo de “antes” con una sonrisa de “después”.

El sofá era marrón y bajo, con un montón de cojines apilados en un extremo y cubiertos de encaje grisáceo. En la parte opuesta de la habitación se veía un sillón desvencijado, también de color marrón, que hacía juego con el sofá. De la única ventana, situada entre ambos muebles, pendían unas cortinas de encaje gris; junto a la ventana había una mesa negra, y sobre ella descansaba un televisor antiguo con antena en forma de V. En casa de los Nevins tenían televisión a color. En la pared de la derecha, entre la puerta y la butaca, había un piano vertical con un polvoriento banco de color marrón. Gilly tomó

uno de los cojines del sofá y con él borró hasta el último rastro de polvo antes de sentarse en el banco.

Desde el sillón los ojos de la señorita Ellis se clavaban en ella con una mirada furibunda y poco profesional. La señora Trotter aposentaba lentamente su mole sobre el sofá y asentía con una risita:

—Bueno, ya nos hacía falta tener por aquí a alguien que cambiara un poco de sitio el polvo, ¿verdad, William Ernest, cielo?

15

William Ernest, encaramándose en el sofá, se tumbó tras la espalda de la enorme mujer como si fuera una almohada, asomando la cabeza de vez en cuando para lanzar una mirada furtiva hacia Gilly.

Gilly aguardó a que la señora Trotter y la señorita Ellis estuvieran hablando, y entonces, mirando al pequeño W. E., puso la cara más espantosa de todo su repertorio de miradas horripilantes, una especie de combinación del conde Drácula y Frankenstein. La pequeña cabeza de pelo fangoso desapareció más deprisa que el tapón de un tubo de dentífrico al colarse por el desagüe de un lavamanos.

Gilly no pudo contener una risita. Las dos mujeres se volvieron para mirarla. Adoptó inmediatamente y sin dificultad su expresión de “¿Quién, yo?”

La señora Ellis se puso de pie:

—Tengo que volver a la oficina, señora Trotter. Ya me avisará... —se volvió hacia Gilly con dardos en sus grandes